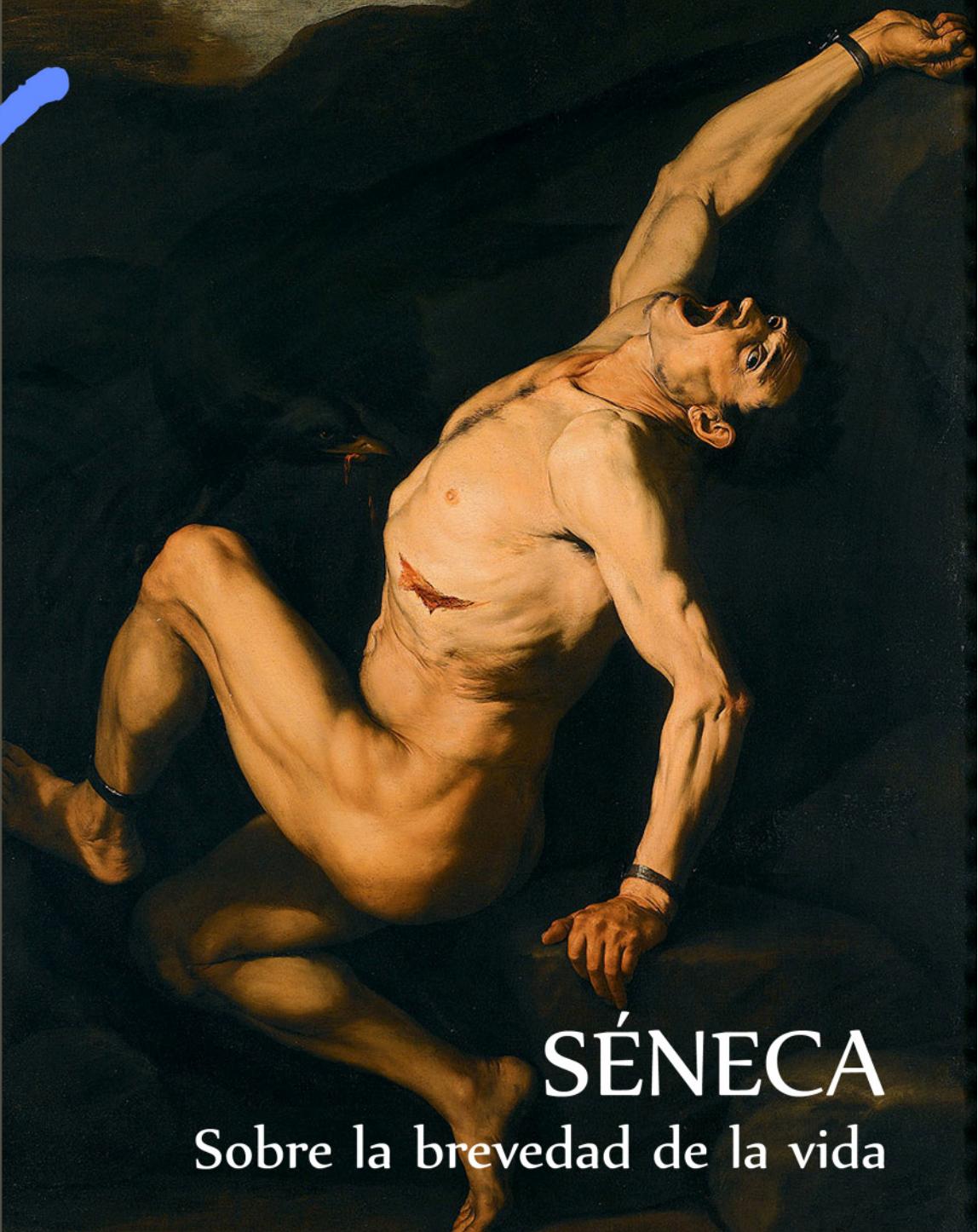


y

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA



SÉNECA

Sobre la brevedad de la vida

V

SÉNECA
Sobre la brevedad de la vida

Traducción, notas y posfacio de Francisco Socas Gavilán

[el autor]

Lucio Anneo Séneca, hijo de un rico provincial de la clase de los caballeros (*equites*), nació en Córdoba en torno al año 1 d.C. Pronto marchó a Roma donde recibió una buena formación con los mejores maestros, oradores, juristas y filósofos. Ejerció la abogacía, destacando por sus dotes de orador. Sufrió las represalias de Claudio y Mesalina, que lo mantienen desterrado en la isla de Córcega durante ocho años, hasta que Agripina, la nueva esposa del emperador, lo hace regresar y le encarga la educación de su hijo, que más tarde, con el nombre de Nerón, alcanza el poder. Durante el mandato de éste, Séneca controla la política romana intentando dar juego al Senado y repartiendo cargos entre gente fiel a sus proyectos. Poco a poco, Nerón se emancipa de las influencias de la madre (a la que hace asesinar) y del viejo maestro, al que, tras haber sido revelado su nombre como participante de un complot político, se le envía la orden de suicidarse. La muerte se muestra esquiva al condenado y sólo llega después abrirse las venas de brazos y piernas, tomar la cicuta y sofocarse con los humos de unos baños (65 d.C.). Séneca compuso tragedias (a imitación de los clásicos atenienses), tratados filosóficos (algunos de ellos llamados *Diálogos* en recuerdo de Platón), *Consolaciones*, y las *Epístolas morales a Lucilio*, sin duda, su obra más conocida.

[la obra]

«¿Qué va a pasar?» -escribe Séneca-, «tú no tienes tiempo para nada y la vida corre; entretanto llega la muerte y para ella, quieras o no quieras, vas a tener todo el tiempo del mundo». Estas palabras dan una idea de la intensidad y de la desgarradora sinceridad con la que se expresa el filósofo cordobés en *Sobre la brevedad de la vida*. Compuesto en torno al año 55, este tratado constituye uno de los textos más sobrecogedoramente honestos escritos nunca sobre el paso del tiempo, sobre la muerte y, por extensión, sobre la vida. A pesar de que los hombres no paran de quejarse de la brevedad de la vida, el tiempo del que disponen es bastante si se sabe aprovechar. Desperdiciamos el tiempo y no lo consideramos el bien mayor y único. La solución que propone Séneca no pasa por la hiperactividad ni por la holganza, sino por una serena aceptación de la propia mortalidad que nos permita administrar positivamente el espacio clausurado de la propia existencia. La voz del viejo sabio, volcada aquí en una nueva e impecable traducción realizada por Francisco Sucas, traspasa, rotunda, épocas y siglos: «Todas las cosas venideras quedan en la incertidumbre: vive de inmediato».

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*
Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura
© 2010 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura
© de la traducción, notas y posfacio: Francisco Socas Gavilán
Maquetación y diseño: Carmen Piñar
ISBN: 978-84-9959-007-3
D.L. : GR-701-2010

Ilustración de cubierta: José de Ribera. *Prometeo* (1630 ca.)
Colección particular.

índice

I. EXORDIO	9
II. LA HUMANA LOCURA	11
III. ECHANDO CUENTAS	13
IV. TRES EJEMPLOS. AUGUSTO	15
V. CICERÓN	17
VI. LIVIO DRUSO	19
VII. EL ARTE DE VIVIR	21
VIII. EL DESPRECIO DEL BIEN MÁS PRECIADO	25
IX. VIVIR EL PRESENTE	27
X. RECUERDOS Y ESPERANZAS	29
XI. AL ENCUENTRO DE LA MUERTE	31
XII. OCUPADOS Y DESOCUPADOS	33
XIII. EL OCIO DE LOS HOMBRES DE LETRAS	37
XIV. DEDICA TU OCIO A CONVERSAR CON LOS SABIOS DEL PASADO	41
XV. LOS SABIOS ALARGAN Y ENRIQUECEN TU VIDA	43
XVI. EL ABURRIMIENTO DEL RICO	45
XVII. LA FRUSTRACIÓN DEL PODEROZO	47
XVIII. INCOMODIDADES Y RIESGOS DE UN CARGO	49
XIX. INVITACIÓN A UN OCIO DIGNO	51
XX. JUBILARSE A TIEMPO	53
NOTAS	55

POSFACIO

SÉNECA Y LA ADMINISTRACIÓN DE NUESTRA MORTALIDAD

65

Francisco Socas



Ganimedes

EXORDIO

- I** 1. La mayor parte de los mortales, Paulino¹, se queja a una voz de la malicia de la naturaleza porque se nos ha engendrado para un período escaso, porque el espacio de tiempo que se nos da transcurre tan veloz, tan rápidamente que, con excepción de unos pocos, casi todos los demás quedan inhabilitados ya en la propia preparación de la vida. Y ante este mal, que según creen es general, no solloza solamente la masa y el vulgo necio, también este mismo sentimiento ha sacado quejas de personajes esclarecidos.
2. Viene de ahí aquella proclama del más grande de los médicos de que la vida es breve, la ciencia larga². Viene de ahí aquel pleito tan poco propio de un hombre sabio que Aristóteles³ planteó a la naturaleza, pues sería que ella le ha regalado a los animales una edad tan larga que alcanzan cinco o diez generaciones⁴, mientras que en el hombre, engendrado para tantas y tan grandes empresas, el límite se ha fijado mucho más acá.
3. No tenemos un tiempo escaso, sino que perdemos mucho. La vida es lo bastante larga y para realizar las cosas más importantes se nos ha otorgado con

generosidad, si se emplea bien toda ella. Pero si se desparrama en la ostentación y la dejadez, donde no se gasta en nada bueno, cuando al fin nos acosa el inevitable trance final, nos damos cuenta de que ha pasado una vida que no supimos que estaba pasando.

4. Es así: no recibimos una vida corta sino que la hacemos corta; no somos menesterosos de ella sino derrochadores. Tal como unas riquezas cuantiosas y principescas, cuando caen en manos de un mal amo, en un instante se disipan, y al revés, cuando, pese a ser escasas, se entregan a un buen custodio, crecen al emplearlas, igualmente la existencia se le expande mucho a quien bien la organiza.

LA HUMANA LOCURA

1. ¿Por qué nos quejamos de la naturaleza? Ella se porta benévolamente; la vida, si sabes usarla, es larga. Pero al uno una avaricia insaciable, al otro una actividad ajetreada los mantienen en tareas superfluas; el uno se empapa de vino, el otro languidece en la holganza; a éste le fatiga una ambición siempre pendiente del sentir ajeno, a aquél una codicia desatada lo lleva con su afán de lucro por todas las tierras y todos los mares; a algunos los atormenta la afición a la guerra y están siempre empeñados en los riesgos ajenos y angustiados por los propios; están los que por culpa de una frecuentación de sus superiores no correspondida se consumen en una servidumbre voluntaria; 2. a muchos los retiene el sentimiento de la suerte ajena o la queja de la propia; a los más, que no persiguen ningún fin claro y seguro, una frivolidad tornadiza, mudable y descontenta de sí misma les lleva a cambiar continuamente de propósito; a algunos no les agrada ninguna orientación que puedan dar a sus vidas y la hora fatal los encuentra mustios y dando bostezos, de manera que no cabe dudar de la verdad de aquello que, como un oráculo, dejó dicho el mayor de

los poetas: «De la vida es escasa la parte que vivimos»⁵. Porque todo el espacio restante no es vida, es mero tiempo.

3. Les acosan y asedian vicios por todas partes y no les dejan levantarse ni alzar los ojos a la contemplación de la verdad. Los empujan para hundirlos y sujetarlos en sus ansias, nunca se les permite recurrir a sí mismos. Si alguna vez acaso les toca en suerte algún descanso, como en mar profundo en el que incluso tras la ventolera sigue el balanceo, sobrenadan agitados y jamás para ellos hay descanso de sus ansias.

4. ¿Crees que estoy hablando de esos cuyos males son notorios? Mira aquellos otros a cuya prosperidad se arriman todos: se ven ahogados por sus bienes. ¡Para cuántos y cuántos las riquezas son pesadas! ¡A cuántos les cuesta sangre su facundia y el afán diario de exhibir su talento! ¡Cuántos están pálidos por sus voluptuosidades continuas! ¡A cuántos no les deja nada de libertad la masa de clientes que los rodea! Repasa en fin la nómina de todos éhos, de los más bajos a los más altos: uno pide asesoramiento y otro lo presta, aquél es sospechoso y el de más allá defiende, aquél hace justicia pero ninguno se reivindica a sí mismo, cada cual se consume para otro. Pregunta acerca de esos cuyos nombres se aprenden de memoria, verás que se les distinguen por las siguientes señas: éste es del círculo de aquél, este otro de las de un tercero, ninguno del suyo propio.

5. La indignación de algunos es completamente demencial además: ¡se quejan del desdén de los superiores, porque cuando quieren verse con ellos no tienen tiempo! ¿Se atreve a quejarse de la arrogancia de otro alguien que nunca tiene tiempo para sí mismo? No obstante aquél a ti, seas tú quien seas, te mira con expresión insolente, es verdad, pero te mira alguna vez, aquél rebaja sus oídos a tus palabras, aquél te deja ir a su lado: tú no te has dignado mirarte nunca, no te has dignado escucharte. Así que no tienes por qué imponer tales obligaciones a nadie, puesto que ciertamente, cuando obrabas así, no querías estar con otro, sino que no podías estar contigo mismo.

ECHANDO CUENTAS

III 1. Por más que todos los talentos que alguna vez brillaron estén de acuerdo en ello, nunca se asombrarán lo bastante de esta ceguera de la mente que muestran los hombres: no consienten que ninguno ocupe sus fincas; si surge la menor disputa acerca del trazado de las lindes, recurren a pedradas y puñales; dejan a otros adentrarse en sus vidas, más todavía por su propia cuenta hacen que otros en adelante se adueñen de ella; no se halla nadie que quiera distribuir su dinero, la vida en cambio ¡entre cuántos y cuántos la reparte cada cual! La gente es estricta en preservar el patrimonio; en cuanto llega la hora de perder tiempo, es muy derrochadora de aquello en lo que únicamente es honroso ser avaro.

2. Qué bien estaría emprenderla con uno del grupo de los viejos: «Vemos que has llegado al término final de una vida humana, alcanzas los cien años o más allá: ea, haz que tu vida eche las cuentas. De ese tiempo extrae cuánto se ha llevado el acreedor, cuánto la querida, cuánto el patrono, cuánto el cliente, cuánto el pleito con la esposa, cuánto el control de los esclavos, cuánto los desplazamientos por

la ciudad para atender compromisos; añade las enfermedades que artificialmente nos ocasionamos, añade lo que quedó tirado sin usar: verás que tienes menos años de los que cuentas.

3. Repasa contigo mismo en tu memoria cuándo has estado seguro de tus planes, qué jornada entre tantas ha resultado como proyectabas, cuándo has estado a disposición de ti mismo, cuándo la expresión de tu cara ha sido la que debiera, cuándo el ánimo estuvo sin miedo, qué labor tienes acabada en tan largo periodo, cuántos y cuántos han despedazado tu vida sin darte tú cuenta de lo que perdías, cuánto te ha quitado el resentimiento vano, la alegría estúpida, el deseo ansioso, las relaciones lisonjeras, qué poco de lo tuyo se te ha dejado: comprenderás que vas a morir prematuramente».

4. Así que ¿dónde está la razón de todo esto? Vivís como si fuerais a vivir siempre, nunca reparáis en vuestra fragilidad, no calculáis cuánto tiempo ha pasado ya para vosotros; como si sacarais del total y sobrante lo perdéis, cuando a las veces ese día precisamente que se le dedica a alguien o a algún negocio sea acaso el último. Todo como mortales lo teméis, todo como inmortales lo anheláis.

5. Oirás a la mayoría decir: «A partir de los cincuenta me retiraré a descansar, los sesenta años me librarán de obligaciones». ¿Pero a quién tomarás que te avale una vida lo bastante larga? ¿Quién dará permiso para que eso salga como dispones? ¿No te da vergüenza reservar para ti los rebojos de tu vida y destinar para el bien espiritual⁶ solo ese tiempo que no se puede dedicar a ninguna cosa? ¡Qué tarde es empezar a vivir justamente cuando hay que dejarlo! ¡Qué olvido de nuestra mortalidad tan estúpido aplazar los planteamientos sensatos para los cincuenta o los sesenta años y pretender empezar la vida en un momento al que pocos logran llegar!⁷!

TRES EJEMPLOS

IV 1. A los hombres más poderosos y encumbrados verás que se les escapan frases que revelan que desean el tiempo libre, lo alaban y lo prefieren a todos sus bienes. Ansían entretanto, si pudieran hacerlo sin riesgo, bajar de su cumbre, pues aunque desde fuera nada les amenace ni golpee, sobre sí misma su Fortuna, ella sola, se derrumba⁸.

AUGUSTO

2. El Divino Augusto, a quien los dioses le concedieron más cosas que a nadie, nunca dejó de suplicar descanso para su persona y de solicitar que lo eximieran de la política; toda su conversación desembocaba en eso de esperar su jubilación: distraía sus fatigas con este consuelo, —aunque engañoso, dulce al menos—, de un día llegar a vivir para provecho propio⁹.

3. En cierta carta que mandó al senado, después de prometer que su retiro no estaría exento de dignidad ni disparearía de su anterior prestigio, hallé estas palabras: «Pero esas cosas son más bonitas de hacer que de prometer. Aunque a mí las ganas de un tiempo tan deseable me han arrastrado tan lejos, que, como la alegría de la realidad se aplaza de momento, percibo de antemano algo de gusto a partir tan solo de dulces palabras».

4. El tiempo libre le pareció una cosa tan grande, que la tomó de antemano con la imaginación, ya que en la práctica no podía. El que veía que todos los asuntos dependían de él solo, el que asignaba su suerte a hombres y naciones, imaginaba con la mayor alegría el día en que se despojara de su grandeza.

5. Había comprobado cuánto sudor le costaban aquellos bienes que resplandecían por todas las tierras, cuántas preocupaciones secretas tapaban: obligado a lidiar con las armas contra conciudadanos primero, después contra colegas¹⁰, finalmente contra parientes¹¹, derramó sangre en mar y tierra. Viajando en torno a través de Macedonia, Sicilia, Egipto, Siria y Asia y casi todos los territorios, dirigió contra enemigos exteriores unos ejércitos ya cansados de matar romanos. Mientras pacifica a los Alpes y sojuzga a enemigos presentes en medio de un imperio pacificado, mientras desplaza las fronteras más allá del Rin y del Éufrates y del Danubio, en la propia Roma las espadas de Murena, Cepión¹², Lépido¹³, Egnacio¹⁴ y otros contra él se afilaban¹⁵.

6. Todavía no había escapado a las asechanzas de éstos y ya su hija¹⁶ y tantos jóvenes nobles comprometidos, a manera de juramento, mediante adulterio, también Julio¹⁷ y otra vez una mujer temible en compañía de un Antonio¹⁸, aterrorizaban su edad quebrantada. Había sajado estas llagas¹⁹ junto con los propios miembros: otras brotaban por debajo; como un cuerpo cargado de mucha sangre reventaba por alguna otra parte. Conque añoraba el tiempo libre, esperándolo e imaginándolo reposaban sus fatigas, ésta era la plegaria de aquél que podía hacer que se cumplieran las plegarias de los otros.

CICERÓN

V1. Marco Cicerón, zarandeado entre Catilinas, Clodios, Pompeyos y Crasos²⁰, en parte adversarios manifiestos, en parte amigos dudosos, mientras se bambolea con la república y la sostiene a punto de irse a pique, arrastrado al fin, sin descansar en la prosperidad ni soportar las adversidades, ¡cuántas veces renegó de aquel consulado suyo alabado por él²¹ no sin razón pero demasiadas veces!

2. ¡Qué expresiones tan llorosas revela en una carta a Ático²², cuando ya Pompeyo padre había sido vencido, y el hijo rehacía en Hispania su ejército derrotado! «¿Quieres saber» —dice— «lo que hago aquí? Aguardo en mi finca de Tusculano medio prisionero». Añade luego otras cosas lamentando su época anterior, quejándose del momento presente y desesperado del provenir.

3. Medio prisionero se reconoció Cicerón: pero, vaya que sí, nunca el sabio se rebajará a términos tan bajos, nunca estará medio prisionero, siempre gozará de entera y real libertad, suelto y dueño de sí mismo y puesto por encima de los otros. Pues ¿qué puede estar por encima de aquél que está por encima de la Fortuna?

LIVIO DRUSO

VI 1. Livio Druso²³, un hombre áspero e impulsivo, cuando, asistido en torno por una masa enorme proveniente de Italia entera, promovía leyes revolucionarias y males como los de los Gracos²⁴ sin comprender bien el resultado de aquellas empresas que ni le estaba permitido realizar ni, una vez empezadas, podía abandonar, se cuenta que, renegando de aquella vida que desde sus comienzos fue inquieta, dijo que era el único que ni de niño había tenido jamás vacaciones. Y es que estando aún bajo tutela y gastando ropa de niño²⁵ se atrevió a interceder por unos reos²⁶ ante los jueces e interponer su influencia en el foro con tanta eficacia que se sabe que algunos juicios fueron arrastrados por él adonde quería. 2. ¿Hasta dónde no alcanzaría al reventar tan prematura ambición? Tendrías que suponer que una osadía tan precoz iba a desembocar en un mal enorme tanto privado como público. Tarde, pues, se lamentaba de no haber tenido vacaciones quien desde niño fue alborotador y un engorro en el foro. Se discute si él por su propia cuenta se dio el golpe, pues de pronto, con una herida en la ingle, cayó a tierra, mientras alguno que otro dudaba si su muerte había sido voluntaria, ninguno si había sido oportuna²⁷.

3. Está de más mencionar a muchos que, aunque a otros les parecieran muy felices, ellos por su cuenta prestaron testimonio veraz contra sí mismos y aborrecieron cada actuación suya al cabo de los años. Pero con estas quejas ni cambiaron a otros ni a sí mismos. Y es que una vez que las palabras ya brotaron, los sentimientos se deslizan de nuevo a lo acostumbrado.

4. Vuestra vida, vaya que sí, aunque alcance más de mil años, se reduce a algo de lo más estrecho: esos vicios no hay periodo de tiempo que no devoren; realmente este espacio, que la razón dilata aunque por naturaleza corre, es forzoso que pronto se os escape, pues no sujetáis ni retenéis ni ponéis freno a la cosa más veloz de todas, sino que dejáis que se marche como algo superfluo y recuperable.

EL ARTE DE VIVIR

VII 1. En primer lugar, sin embargo, pongo en la lista a aquellos²⁸ que no tienen tiempo para ninguna cosa que no sea el vino y la lascivia, pues no hay nadie que se emplee en nada más vergonzoso.

Los otros, pese a que se dejan dominar por una vana imagen de honra, yerran sin embargo con lucimiento; aunque me menciones uno a uno los avaros, los iracundos o los que practican odios injustos y guerras, todos esos pecan muy virilmente: la podredumbre de los que se entregan al vientre y a la lascivia es deshonrosa.

2. Pasa revista a todos los momentos de esos, mira cuánto tiempo están haciendo cálculos, cuánto están acechando, cuánto temiendo, cuánto haciendo visitas, cuánto recibiéndolas, cuánto tiempo les ocupan las citaciones propias y las ajenas, cuánto los banquetes (que como tales son ya obligaciones): verás que no los dejan respirar ni sus asuntos malos ni tampoco los buenos.

3. En fin, todos están de acuerdo en que ninguna cosa se puede practicar por parte de un hombre ocupado, ni la elocuencia, ni los saberes liberales, ya que un espíritu agobiado no asimila nada con profundidad sino que lo rechaza todo como

impuesto. Nada concierne menos al hombre ajetreado que el vivir: en ningún otro asunto es el conocimiento más difícil. Los que profesan otras disciplinas son muchos y del montón; incluso en algunas de ellas hay niños que parecen aprenderlas de manera que hasta podrían enseñarlas: a vivir hay que estar aprendiendo toda la vida y, algo que te va a extrañar más, toda la vida hay que estar aprendiendo a morir.

4. Tantos hombres grandes, abandonando toda impedimenta, después de haber renunciado a riquezas, cargos, placeres, practicaron hasta el final de sus días eso tan solo de saber vivir; sin embargo, la mayoría de ellos salió de la vida admitiendo no saberlo todavía; así que mucho menos habrían de saber vivir esos otros hombres corrientes.

5. Créeme, es propio de un personaje grande y levantado por encima de los extravíos humanos no consentir en que le sorban ni una pizca de su tiempo, y su vida se hace larguísima justamente porque toda su abierta extensión queda disponible para él solo. Nada por eso quedó tirado sin cultivar ni laborar, nada dependió de otro, pues no halló nada que mereciera tomarse a cambio de su propio tiempo un hombre que era su depositario más ahorrativo. De esta manera tuvo bastante: en cambio es forzoso que queden escasos aquellos de cuyas vidas la gente toma mucho.

6. Y no tienes por qué deducir de esto que alguna vez no vean sus pérdidas: a los más de esos que se ven gravados por una gran prosperidad, en medio de catervas de clientes o en trámites de pleitos y otras honrosas miserias, exclamar en ocasiones: «No se me permite vivir». 7. ¿Cómo que no se te permite? Todos esos que te llaman como asesor legal te despojan de tu propia persona. Aquel encausado ¿cuántos días se llevó? ¿Cuántos aquel candidato? ¿Cuántos aquella vieja cansada de enterrar herederos? ¿Cuántos aquel que para incomodar la avaricia de los *cazatestamentos*²⁹ se finge enfermo? ¿Cuántos aquel amigo más influyente de la cuenta que no os tiene para ser amigos sino para exhibiros en su comitiva? Revisa y calcula, repito, los días de tu vida: verás que entre las manos te quedan bastante pocos y desecharables.

8. El que logró los fasces³⁰ ansiados quiere al punto dejarlos y anda diciendo: «¿Cuándo pasará el año?» Otro organiza unos juegos³¹ que él consideró en mucho que le tocara en suerte darlos. «¿Cuándo» —dice— «escaparé de esta historia?» Otro como abogado defensor se desbarata por todo el foro y lo llena todo con tan gran concurrencia que no alcanza a que le oiga toda ella. «¿Cuándo» —dice— «se aplazarán estos asuntos?» Cada cual acelera su vida y padece añoranzas del futuro y hastío del presente.

9. En cambio aquel otro que no hay momento que no aproveche para sus propias cosas, que organiza cada jornada como si fuera la última, ni anhela el mañana ni de él recela. Pues ¿qué nuevo deleite queda que pueda aportártelo ninguna hora? Todo ya se conoce, todo ya se ha experimentado hasta la saciedad; del resto, que la pura suerte disponga como quiera. La vida está ya en seguro; a ella se le puede añadir, no sustraer nada; y añadirle será como poner algo más de comida al harto y lleno: toma lo que ya no desea.

10. No tienes por qué pensar en razón de sus canas y arrugas que alguien ha vivido mucho tiempo: ése no ha vivido mucho, sino que ha estado ahí mucho tiempo. ¿Qué pasaría si pensaras que ha navegado mucho uno al que una tempestad muy dura al salir del puerto lo arrastró de acá y para allá y con los tumbos de unos vientos que arremeten por puntos opuestos lo mueve en círculos dentro del mismo espacio? Ése no navegó mucho, sino que lo han zarandeado mucho.

EL DESPRECIO DEL BIEN MÁS PRECIADO

VIII I 1. Suelo extrañarme cuando veo a los unos pedir tiempo y a los otros, los solicitados, dispuestos a dárselo. Unos y otros atienden a aquello por lo que se pide el tiempo, ninguno al tiempo en sí: se pide como si no fuera nada, como si no fuera nada se da. Se juega con el bien más valioso de todos, pero los engaña el que sea un bien incorpóreo, el que no esté a la vista, de manera que se considera muy barato, más todavía, que su precio es casi nada.

2. Las pensiones, los subsidios³² la gente las recibe con mucho cariño y en ellos invierte su esfuerzo, su trabajo o su empeño: nadie aprecia el tiempo; se le maneja con soltura, como si fuera gratuito. Ahora bien, ésos mismos ¡mira cómo cuando enferman, si hay de verdad peligro de muerte, se postran suplicantes ante los médicos, cómo si temen la pena de muerte, están dispuestos a gastar todo lo que tienen con tal de seguir vivos! ¡Tan grande es en ellos la disparidad de sus sentimientos!

3. Y es que si, tal como el de los pasados, se le pudiera poner delante a cada cual el número de sus años futuros, ¡cómo temblarían al ver que les quedaban pocos, cómo mirarían por ellos! Como que es fácil administrar lo positivo aunque sea escaso; hay que guardar con mayor cuidado aquello que no sabes cuándo habrá de faltarte.

4. Y no tienes por qué pensar sin embargo que ellos desconozcan lo mucho que vale esa cosa: suelen decir a los que quieren muchísimo que están dispuestos a darles una parte de sus años. Se los dan sin darse cuenta, y se los dan además de manera que se los restan a sí mismos sin añadírselos a los otros. Pero no se dan cuenta precisamente de que se los restan; por eso soportan ellos esa pérdida derivada de una resta inadvertida.

5. Nadie te restituirá esos años, nadie de nuevo te devolverá tu propia persona. Irá por donde antes solía la vida, sin echar atrás o retener su carrera; no armará jaleo ninguno, no te dará aviso ninguno de su velocidad: se deslizará callada. Ella no llegará más lejos por mandato de rey ni por aprobación del pueblo: tal como la dejaron salir el primer día habrá de correr, nunca hará etapa, nunca se entretendrá. ¿Qué pasará? Tú estás atareado, la vida se apresura; llegará entretanto la muerte, para la cual, lo quieras o no, habrás de tener tiempo de sobra.

VIVIR EL PRESENTE

IX 1. ¿Puede haber algo más estúpido que la actitud de algunos, me refiero a esos hombres que presumen de ser previsores? Andan empeñados en demasiadas tareas para poder vivir mejor, equipan la vida a base de gastar vida, sus pensamientos los dirigen a la lejanía. Pero, claro, el desperdicio mayor de vida es la dilación: ella anula cada día que se va presentando, ella escamotea lo presente en tanto promete lo de más allá. El mayor estorbo del vivir es la expectativa que depende del mañana y pierde lo de hoy. Dispones de lo que está puesto en manos de la suerte, abandonas lo que está en las tuyas. ¿Adónde miras? ¿Adónde te orientas? Todas las cosas venideras quedan en la incertidumbre: vive de inmediato.

2. Ahí tenemos al más grande poeta que vocea y, como acicateado por un espasmo divino, canta su verso saludable:

Cada día bueno que a los pobres mortales les llega en la vida es el primero que escapa³³.

«¿Cómo es que vacilas?, dice, ¿cómo es que te paras? Si no te adelantas a tomarlo, escapa». Y aunque te adelantes, escapará. De modo que hay que combatir contra la celeridad del tiempo mediante la rapidez en hacer uso de él y, como de torrente raudo y que no va a correr siempre, hay que absorber rápido.

3. También es muy atinado para tachar toda idea difusa el que no diga «cada edad buena», sino «cada día». ¿Cómo es que despreocupado tú y perezoso ante la huida de tantos momentos te prometes en adelante meses y años en larga fila, según le parezca bien a tus deseos? Te está hablando de un día y de este que ya se te escapa.

4. Porque ¿acaso hay duda de que el día mejor es el primero que se les escapa a los pobres mortales, esto es, a los atareados? Sus actitudes infantiles las abruma una vejez a la que llegan desprevenidos e inermes, pues nada se ha previsto: se topan con ella de pronto y sin esperarlo, no se daban cuenta de que se les acercaba cada día.

5. Tal como una charla o una lectura o alguna reflexión más atenta engaña a los que van de viaje, y ven que han llegado antes de ver que les quedaba poco, así este viaje de la vida, continuo y aceleradísimo, que recorremos con el mismo paso despiertos y dormidos, no se les descubre a los atareados si no es cuando ya acaba.

RECUERDOS Y ESPERANZAS

X1. En lo que vengo planteando, si quisiera desarrollarlo por partes y puntos concretos, se me ocurrirían muchas cosas para demostrar que la vida de los atareados es muy corta. Solía decir Fabiano³⁴, un filósofo no de esos entronizados sino de los auténticos y antiguos: «Contra las pasiones hay que luchar al asalto, no con añagazas ni con golpes menudos, sino que hay que rechazar sus líneas en un ataque general». No aprobaba las sutilezas, pues, según él, «había que aplastarlas, no que pellizcarlas».

A pesar de todo esto, para sacar a esta gente³⁵ de su error, hay que instruirla no sólo criticarla.

2. La vida se divide en tres momentos: el que ha sido, el que es, el que será. De ellos, el que ahora recorremos es corto, el que vamos a recorrer es dudoso, el que hemos recorrido es seguro. En éste es justamente en el que la Fortuna pierde todo derecho, pues no puede ya someterse de nuevo al albedrío de nadie. Eso es lo que se pierden los atareados, pues ya no les queda tiempo para volver la

vista al pasado y, si les queda, les es desagradable el recuerdo de cosas de las que deben arrepentirse. 3. A desgana, pues, dirigen su atención atrás hacia tiempos mal llevados, sin atreverse a tantear de nuevo momentos cuyos vicios (incluso los que merced a las alcahueterías del placer de entonces se les escamoteaban) se manifiestan ahora al repasarlos. Ninguno, si no es aquél que todo lo ha hecho a la vista de su propia censura, esa que nunca se deja engañar, se vuelve gustoso hacia el pasado. 4. Aquel otro que con ansias ambicionó muchas cosas, despreció con soberbia, venció con prepotencia, engañó con alevosía, sustrajo con avaricia, gastó con derroche, es forzoso que tenga miedo de sus propios recuerdos. Y es que esa es una parte de nuestro tiempo consagrada y santa, situada más allá de todos los avatares humanos, excluida del poder de la suerte, ya que ni la carestía, ni el miedo, ni el ataque de las enfermedades la trastorna; es imposible que la perturben o roben; su posesión es perdurable y sosegada. Los días sólo están presentes uno a uno y divididos en momentos; en cambio todos los días del tiempo pasado, no más deis la orden, se presentarán juntos, se dejarán examinar y retener a tu albedrío, cosa que los atareados no tienen tiempo de hacer. 5. Es propio de una mente tranquila y serena recorrer todas las etapas de su propia vida; los espíritus de los atareados, como puestos bajo un yugo, no pueden darse la vuelta y mirar atrás. Sus vidas se van, pues, a lo hondo y, así como no sirve de nada cualquier cosa que pese a todo eches dentro, si no hay debajo algo que lo recoja y retenga, así no importa nada el tiempo que se les quiera dar si no tiene donde asentarse: se escurre por unos espíritus rotos y agujereados³⁶. 6. El tiempo presente es cortísimo, tanto que algunos creen que no es nada, toda vez que siempre está de camino, discurre y se acelera, deja de ser antes de llegar, y no se permite una parada tal como tampoco se la permiten el firmamento y los astros, cuyo paso siempre inquieto nunca permanece en un mismo sitio. De manera que a los atareados sólo les corresponde el tiempo presente, que es tan corto que no se puede agarrar, y ese mismo tiempo, puesto que están distraídos en tantas cosas, se les escamotea.

AL ENCUENTRO DE LA MUERTE

XI 1. En fin, ¿quieres saber hasta qué punto viven poco tiempo? Mira cuánto anhelan vivir largo tiempo. Ancianos decrepitos mendigan en sus oraciones el añadido de unos pocos años: simulan ser de menor edad de la que son; se halagan a sí mismos con mentiras, y se engañan tan a gusto como si a la vez le dieran el pego al destino. Ahora bien, cuando algún achaque les recuerda su mortalidad, mueren despavoridos, no como si salieran de la vida, sino como si los arrancaran de ella. Repiten a voces que han sido tontos por no haber vivido y que, si acaso escapan de aquella enfermedad, habrán de vivir en holganza. Piensan entonces cómo se han procurado tan en vano bienes de los que no gozarán, cómo ha resultado para nada todo su esfuerzo. 2. En cambio para aquellos que llevan una vida lejos de todo negocio ¿cómo no va a ser dilatada? Nada de ella se delega, nada se dispersa acá y allá, nada de ahí se confía a la suerte, nada destruye la dejadez, nada se detrae con donaciones, nada es superfluo: toda entera por así decirlo está rentando. Por poquita que sea abastece con suficiencia, y por eso, cuando a la sazón llegue el último día, el sabio no dudará en ir al encuentro de la muerte con paso decidido.

Ocupados y desocupados

XII 1. ¿Quieres saber acaso a quiénes llamo atareados? No tienes por qué pensar que así me refiero sólo a los que andan metidos en las oficinas hasta que los echan los perros, a los que uno ve en medio de la masa de los suyos recibir apretujones de prestigio o en medio de los otros recibir apretujones de afrenta, a los que sus obligaciones sacan de sus casas para llamar a las puertas ajena o la subasta del pretor³⁷, con sus ganancias infames y destinadas un día a gangrenarse, da tarea.

2. La holganza de algunos es atareada: en la casa de campo o en su cama, en medio de la soledad, aunque se hayan apartado de todos, se agobian a sí mismos. Su vida no se debe llamar holganza sino ocupada desidia. ¿Llamas tú desocupado al que restaura con ansiosa delicadeza bronces de Corinto³⁸, vuelos valiosos por la locura de unos pocos, y gasta la mayor parte de sus jornadas entre chapas enmohecidas? ¿Al que en el ceroma³⁹ (¡maldita sea, ni siquiera padecemos males exclusivamente romanos!) se sienta a contemplar los combates de los muchachos? ¿Al que distribuye por parejas según edades y colores su rebaño de pringosos⁴⁰? ¿Al que ceba los atletas más de moda?

3. ¿Cómo? ¿Llamas desocupados a los que pasan muchas horas en la barbería mientras le cortan lo poco que la noche antes le haya crecido el pelo, mientras se delibera sobre cada uno de sus cabellos, mientras la melena si está caída se le hace regresar a su sitio o si es escasa se le echa de acá y allá a la fuerza sobre la frente? ¡De qué manera se enfadan si el barbero —como debe hacer cuando pela a un varón— fue un poco descuidado! ¡Cómo se ponen pálidos si se corta algo de sus crines, si algo queda fuera de su sitio, si no acaba todo con los rizos debidos! ¿Quién hay de esos que no prefiera que la república se trastorne antes que su melena, que no ande más preocupado por la elegancia de su cabeza que por su vida, que no prefiera lucir mejor peinado que dignidad? ¿Llamas tú desocupados a esos que andan siempre atareados entre el peine y el espejo?

4. ¿Qué me dices de aquellos que se afanan en componer, escuchar, aprender canciones, mientras retuercen en giros de modulación absurda la voz, cuya emisión correcta la naturaleza ha hecho que sea la mejor y más sencilla? ¿De aquellos cuyos dedos resuenan continuamente por estar midiendo algún verso para sus adentros? ¿De aquellos que, cuando comparecen para asuntos serios y a menudo hasta tristes, dejan oír una melodía en voz baja? Esos no tienen a disposición ocio sino negocio absurdo.

5. Sus banquetes, desde luego que no, no los consideraría yo entre sus momentos de ocio, pues veo con cuánto afán disponen la plata, con cuánto cuidado remangan las túnicas de sus favoritos⁴¹, qué atentos están a ver cómo le queda el jabalí al cocinero, con qué rapidez, en cuanto se da la señal, los barbilampiños se dirigen cada uno a sus menesteres, con cuánta maña se trinchan las aves en filetes nunca excesivos, con qué esmero unos criaditos desdichados limpian los escupitajos de los borrachos: con estas cosas se ganan fama de refinados y elegantes, y hasta tal punto sus propios males los siguen a todos los rincones donde se retiran a vivir, que nunca comen ni beben sino para medrar.

6. Tampoco deberías contar entre los desocupados a los que se desplazan acá y allá en silla o litera⁴² y, como si no las pudieran dejar, acuden a la hora exacta de cada

traslado. A estos algún otro les avisa cuándo tienen que bañarse, cuándo nadar, cuándo cenar: hasta tal punto están rotos por la flojedad de un alma exquisita, que no pueden saber por sí solos si tienen ganas de comer.

7. Oigo que uno de esos hombres exquisitos (si es que hay que llamar exquisitez eso de desaprender la conducta y los hábitos propios de un hombre) una vez que lo sacaron de la casa de baños en volandas y lo hubieron colocado en la litera, hizo esta pregunta: «¿Estoy ya sentado?» ¿Ése que desconoce si está sentado crees tú que sabe si está vivo, si está viendo, si está desocupado? No me es fácil decir cuál de las dos cosas me daría más pena, el que lo desconociera o el que simulara desconocerlo.

8. Es verdad que experimentan el olvido de muchas cosas, pero de otras muchas no hacen más que remedarlo; ciertos fallos a ellos les gustan como si fueran demostraciones de riqueza; parece que es propio de un hombre demasiado bajo y despreciable saber lo que hace. Anda, anda, piensa ahora que los cómicos fantasean muchas cosas para criticar nuestras formas de vida ostentosas. Pasan por alto, desde luego, más cosas de las que inventan y la provisión de vicios sorprendentes —en una época que sólo en esto es creativa— ha subido tanto, que ya podemos acusar a los cómicos de perezosos. ¡Que haya alguien que con estas exquisiteseces ande tan perdido que confíe a otro el saber si está o no sentado!

9. Conque ese tal no es un desocupado, dale otro nombre: es un enfermo, más todavía, un muerto. Es un desocupado aquél que de su desocupación tiene también conciencia. Pero ese medio muerto, que para comprender las posturas de su cuerpo necesita un informante, ¿cómo puede ser dueño de tiempo alguno?

EL OCIO DE LOS HOMBRES DE LETRAS

XIII I 1. Es largo repasar los casos particulares de aquellos cuyas vidas consumen o el ajedrez⁴³ o la pelota o el afán de broncearse al sol. No están desocupados aquellos cuyos placeres suponen mucha ocupación. Porque nadie pondrá en duda que no hay cosa que no hagan sin esfuerzo grande los que se entretienen en inútiles estudios literarios, una tropa que ya también en Roma es grande. 2. Propia de griegos fue esa enfermedad de indagar qué número de remeros llevaba Ulises, si se escribió primero la Ilíada o la Odisea, si las dos además son de un mismo autor y más cosas de este tipo, las cuales, si tú las dejas para ti, nada aprovechan a tu íntima conciencia y, si las publicas, no parecerás más sabio sino más pesado. 3. Mira por dónde a los romanos también les atacó ese afán de aprender cosas superfluas⁴⁴. Por estos días he oído a un individuo⁴⁵ relatar las empresas que hizo por vez primera cada general romano: el primero que ganó una batalla naval fue Duilio⁴⁶, el primero que en un desfile triunfal llevó elefantes fue Curio Dentato...⁴⁷ Todavía esas cosas, aunque no atienden a la gloria auténtica, al menos versan sobre casos de acciones civiles; no es beneficioso tal conocimiento y es sin embargo capaz de entretenernos en asuntos brillantemente vanos.

4. Dejemos también para los que indagan por ahí quién convenció primero a los romanos para que embarcaran (fue Claudio, llamado Cáudice⁴⁸ precisamente porque la trabazón de muchas tablas se llamaba entre los antiguos ‘caudex’; por eso las tablas oficiales se denominan códices⁴⁹ y a los barcos todavía ahora que siguiendo una vieja práctica traen las provisiones por el Tíber se llaman ‘codiciarios’). 5. Bien haría al caso también eso de que Valerio Corvino⁵⁰ fuera el primero que venció a Mesana y el primero de la familia de los Valerios que, tomando el nombre de esa ciudad tras conquistarla, se llamó ‘Mesana’ y luego cuando la gente poco a poco cambió las letras le dijeron ‘Mesala’; 6. ¿No dejarás tal vez que cualquier otro se preocupe de que L. Sula fuera el primero que en el Hipódromo ofreció un espectáculo de leones sueltos, —pues antes se presentaban atados—, al tiempo que el rey Boco⁵¹ envió unos lanceros para matarlos? También eso en buena hora se consienta. Pero el que Pompeyo fuera el primero en haber ofrecido en el Hipódromo una lucha de dieciocho elefantes enfrentados como en batalla a unos condenados⁵², ¿tiene que ver con ninguna cosa buena? El primero de la ciudadanía —y entre los antiguos prohombres (según es fama) uno de calidad destacada— consideró un tipo de espectáculo memorable eliminar personas de una manera nueva. ¿Se defienden? Es poco. ¿Quedan desgarrados? Es poco: ¡que los triture la masa enorme de los animales!

7. Mejor era que tales cosas cayeran en olvido, para que luego ningún poderoso aprendiera y, picado, emulara una acción muy poco humanitaria. ¡Oh cuánta niebla pone delante de nuestras mentes la prosperidad grande! Él creyó estar entonces por encima de la naturaleza, al enfrentar tantas catervas de hombres desdichados a bestias nacidas bajo otro cielo, al meter guerra entre animales tan diferentes, al derramar mucha sangre a la vista del pueblo romano al que pronto obligaría a derramar más todavía de la suya propia. Ese mismo más tarde, sin embargo, traicionado por la desleal Alejandría, se entregaría al último esclavo⁵³ para que lo traspasara, comprendiendo al fin la jactancia vana de su sobrenombr⁵⁴.

8. Pero, para regresar al punto de donde me aparté y mostrar en esta misma materia el esmero superfluo de algunos, ese mismo individuo contaba que Metelo⁵⁵, cuando marchaba en triunfo tras derrotar a los cartagineses en Sicilia, fue el único entre todos los romanos que llevó delante de su carro ciento veinte elegantes cautivos; que Sula fue el último de los romanos que ensanchó el pomerio⁵⁶, el cual nunca fue costumbre entre los antiguos que se ensanchara con la adquisición de suelo provincial, sino itálico. ¿Saber esto es más provechoso que saber que el monte Aventino⁵⁷ estaba fuera del pomerio, como él aseguraba, por una de estas dos razones, bien porque la plebe se retiró allá⁵⁸, bien porque cuando Remo estaba oficiando los auspicios en ese lugar no les llegaron las aves⁵⁹, e innumerables cosas además que o son falsas o poco menos que mentiras?

9. Porque, aunque uno admita que ellos dicen todas esas cosas de buena fe, aunque escriban para ilustrar, ¿a quién rebajarán sus errores tales cosas sin embargo? ¿A quién le reprimirán sus deseos? ¿A quién harán más valiente, más justo, más generoso? Nuestro amigo Fabiano decía dudar a veces si no sería mejor no arrimarse a ningún estudio antes que enredarse en ellos.

La muerte de Séneca (cuadro de Manuel Domínguez y Sánchez). Grabado sobre madera. *La Ilustración Española y Americana*, año XV, nº 33, noviembre 1871 (detalle).



DEDICA TU OCIO A CONVERSAR
CON LOS SABIOS DEL PASADO

XIV 1. Los únicos entre todos que están desocupados son los que dedican su tiempo a la sabiduría. Son los únicos que viven, pues no sólo preservan bien su época: le añaden el tiempo todo; sean los que sean los años que antes que ellos han transcurrido, ellos los adquieren para sí. Si no somos muy desagradecidos, aquellos celeberrímos iniciadores de dictámenes sagrados nacieron para nosotros, prepararon la vida para nosotros. Hacia bienes muy hermosos sacados de las tinieblas a la luz por el esfuerzo ajeno nos van llevando; no tenemos cerrado el paso hacia ninguna época, nos admiten en todos lados y, si cabe con la grandeza de ánimo traspasar las angosturas de la poquedad humana, hay mucho tiempo por el que podemos pasearnos.

2. Es posible discutir con Sócrates, dudar con Carnéades⁶⁰, serenarnos con Epicuro, superar la naturaleza humana con los estoicos, salir fuera de ella con los cínicos. Puesto que la naturaleza admite que lleguemos a ser copropietarios de todas las épocas, ¿por qué desde este tramo escaso y perecedero de tiempo no nos entregamos de todo corazón a esas realidades que son inmensas, que son eternas, que compartimos con los mejores?

3. Ésos que corren en medio de sus compromisos, que se desasosiegan a ellos mismos y a los demás, cuando ya estén bien locos, cuando día a día hayan recorrido los umbrales de todos sin pasar de largo ante ninguna puerta abierta, cuando hayan llevado en torno su interesado saludo⁶¹ por las casas más alejadas, ¿a cuántos en concreto podrán ver en una ciudad tan enorme y desgarrada entre intereses tan diversos?

4. ¡Cuántos por tener sueño o por regalones o por desconsiderados los despacharán sin más! ¡Cuántos después de haberlos torturado largo rato pasarán de largo ante ellos pretextando tener prisa! ¡Cuántos evitarán asomar por el atrio atestado de clientes y escaparán por los oscuros pasillos⁶² de sus mansiones como si no fuera más inhumano engañar que no tener en cuenta! ¡Cuántos medio dormidos por el desenfreno de la víspera y enfadados con aquellos pobres, —que han roto su propio sueño para aguardar a que otro despierte—, repiten, entre bostezos más que desdeñosos, con los labios apenas entreabiertos, el nombre⁶³ que le han apuntado mil veces!

5. ¿Pensamos que éstos se entretienen en obligaciones auténticas? Podemos decir eso de aquellos que diariamente quieren tener como sus más allegados a Zenón⁶⁴, a Pitágoras⁶⁵ y Demócrito⁶⁶, y a todos los demás sacerdotes de las buenas artes, a Aristóteles⁶⁷ y Teofrasto⁶⁸. Ninguno de estos dejará de tener tiempo libre, ninguno despachará a quien a él acuda sin hacerlo más dichoso, más conforme consigo mismo; ninguno consentirá que nadie se vaya de su lado con las manos vacías; reunirse con ellos de noche, reunirse de día pueden hacerlo todos los mortales.

LOS SABIOS ALARGAN Y ENRIQUECEN TU VIDA

XV 1. Ninguno de estos te obligará a morir, todos te enseñarán a ello; ninguno de estos gastará tus años, te prestará los suyos; con ninguno de estos será peligrosa la charla, con ninguno será la amistad comprometida, con ninguno costará caro el trato. Tomarás de ellos lo que quieras; por ellos no quedará que tú les saques todo lo que seas capaz. 2. ¡Qué prosperidad, qué hermosa vejez aguarda a aquel que se agrega a su clientela! Tendrá con quienes deliberar sobre las cuestiones más pequeñas y sobre las más grandes, a quienes consultar diariamente sobre sí mismo, de quienes oír la verdad sin desdoro, recibir alabanzas sin adulación, a quienes hacerse semejante.

3. Solemos decir que no estuvo en nuestro poder qué clase de padres había de caernos en suerte, que se nos dieron por azar. Ahora bien, a nosotros se nos permite nacer a nuestro albedrío. Están ahí las familias de los más nobles talentos: escoge en cuál quieras entrar; tu adopción no sólo te dará un nombre sino esos bienes justamente que no habrá que custodiar con mezquindad ni malicia: se irán haciendo tanto mayores cuanto con más gente los compartas.

4. Estos te proporcionarán un camino hacia la eternidad y te alzarán a un sitio de donde a nadie echan abajo. Este es el único método de extender nuestra condición de mortales y hasta de transformarnos en inmortales. Los cargos, los monumentos, cualquier cosa que la ambición consigue sea con nombramientos o edificaciones, pronto cae, no hay nada que no lo derruya una larga vejez y lo revoque; no puede en cambio perjudicar a los bienes consagrados por la sabiduría: ninguna edad los abolirá, ninguna los achicará; la siguiente y la que luego venga le añadirán siempre algo más de prestigio, puesto que la envidia se ejerce en lo cercano y admiramos con mayor franqueza las cosas lejanas.

5. De manera que la vida del sabio se extiende mucho; a él no lo encierran los mismos límites que a los otros; es el único que se ve libre de las leyes del género humano; todas las épocas como a un dios le prestan servicio. Que algún momento ya pasó: lo posee mediante el recuerdo. Que es inminente: lo aprovecha. Que habrá de llegar: lo toma de antemano. Larga vida le otorga la reunión de todos los momentos en uno solo.

EL ABURRIMIENTO DEL RICO

XVI

1. Es muy corta y desasosegada la vida de aquellos que olvidan las cosas pasadas, descuidan las presentes, abrigan temores del porvenir: cuando llegan al final, comprenden tarde los pobres cuánto tiempo han estado ocupados en no hacer nada.
2. Y no hay razón para que creas demostrar que ellos viven una vida larga según el argumento ese de que de vez en cuando llaman a la muerte: los atormenta la imprevisión en medio de pasiones vagas y que desembocan en lo mismo que más temen: desean a menudo la muerte justamente porque la temen.
3. Tampoco es un argumento para que los pongas entre los que viven mucho tiempo el hecho de que la jornada les parezca larga, el hecho de que, hasta que llega el momento convenido de la cena, se quejan de que las horas marchan lentas; y es que si alguna vez las ocupaciones los dejan libres, se requeman desamparados en medio de la desocupación y no saben cómo organizarla, cómo salvarla. De manera que aguardan alguna ocupación concreta y todo el tiempo que hay en

medio les es pesado, tanto, vaya que sí, como cuando se ha anunciado la fecha de un espectáculo de gladiadores, o cuando se espera la convocatoria de un festival o una diversión, quieren saltarse los días intermedios.

4. Toda dilación del acontecimiento esperado es para ellos larga; en cambio ese momento que desean es breve y veloz, y mucho más breve por culpa de su fallo; pasan huyendo de un sitio a otro y no pueden detenerse en un solo deseo. Los días no son para ellos largos, sino odiosos; por el contrario ¡qué escasas les parecen las noches que pasan en brazos de sus putas o entre copas!

5. De ahí vino también el delirio de esos poetas que alimentan con sus fábulas los errores de los hombres, pues, según ellos, Júpiter, lisonjeado las delicias de la cohabitación, hizo que una noche durara el doble⁶⁹. ¡Qué otra cosa es sino inflamar nuestros vicios eso de poner a los dioses en la lista de sus promotores y dar a nuestros padecimientos licencia excusada con el ejemplo divino? ¡Pueden a éhos no parecerles cortísimas unas noches que compran tan caras? Pierden el día aguardando la noche y la noche temiendo el alba.

LA FRUSTRACIÓN DEL PODEROSO

XVI I 1. Hasta sus placeres son asustadizos y se ven alterados por diversos terrores, cuando andan más alegres se les viene este pensamiento angustioso: «¿Cuánto tiempo durará esto?».

Por causa de este sentimiento los reyes protestan de su propio poderío y no les complace su inmensa suerte, sino que el final que alguna vez llegará les espanta.

2. Cuando por los grandes espacios de las llanuras extendía su ejército, sin alcanzar a abarcar su número, sino tan sólo sus dimensiones⁷⁰, aquel rey de Persia⁷¹ tan insolente, derramó lágrimas porque dentro de cien años no quedaría ninguno de tantos jóvenes⁷²; pero precisamente ése que los lloraba iba a acelerar su destino y se disponía a perder a unos en el mar, a otros en tierra, a otros en la batalla, a otros en la retirada, y en poco espacio de tiempo iba a gastar a aquellos por los que sentía temor para dentro de cien años.

3. ¿Y cómo es que incluso sus gozos son asustadizos? Pues porque no se apoyan en principios sólidos sino que se ven perturbados con esa misma frivolidad con

que nacen. Pero ¿cómo crees que son para ellos los momentos que ellos mismos reconocen infelices, cuando incluso esos otros con los que se exaltan y se alzan por encima del hombre son poco auténticos?

4. Cada uno de nuestros bienes mayores está lleno de preocupación y en ninguna suerte confiamos menos que en la muy buena; hace falta una segunda felicidad para proteger esa felicidad y hay que hacer ruegos otra vez por aquello que salió conforme a nuestros ruegos. Y es que todo lo que sucede por azar es inestable: cuanto más alto se alza, tanto más propenso es a caer; es así que a nadie le agradan las cosas caedizas, luego por fuerza es muy desdichada, y no sólo muy corta, la vida de aquellos que disponen con gran esfuerzo algo que habrán de poseer con uno mayor todavía.

5. Consiguen trabajosamente lo que quieren, retienen angustiados lo que consiguieron; entretanto no echan cuenta ninguna de un tiempo que no ha de volver jamás. Nuevas ocupaciones suplantan a las antiguas, una esperanza suscita otra esperanza, una ambición otra nueva ambición. No se busca el final de las desgracias, sino que se cambia su trama. Que nuestros cargos ya nos han torturado: más tiempo nos roban los ajenos. Que dejamos ya de sufrir como candidatos: empezamos a hacerlo como votantes. Que nos quitamos de encima el fastidio de presentar acusaciones: nos empeñamos en participar en juicios. Que uno dejó de ser jurado: es presidente. Que envejeció administrando a sueldo bienes ajenos: ahora está cogido por sus propios caudales.

6. Que Mario ya se quitó sus sandalias de soldado⁷³: ejerce como cónsul. Quincio⁷⁴ se da prisas en pasar la dictadura: lo llaman y apartan del arado. Marchará contra los cartagineses un Escipión⁷⁵ aún no maduro para tan gran empresa; el vencedor de Aníbal⁷⁶, el vencedor de Antíoco⁷⁷, la honra de su propio consulado⁷⁸, el garante de su hermano⁷⁹, si por su parte no hubiera puesto pegas, lo habrían colocado al lado de Júpiter⁸⁰: revueltas civiles sacudirán al salvador y, después de rechazar de joven unos honores poco menos que divinos, ya de viejo se dará el gusto de obstinarse en un destierro pretencioso⁸¹. Nunca faltarán razones felices o desgraciadas de preocupación; la vida se va sacando en medio de ocupaciones; la desocupación nunca se llevará a cabo, siempre se echará de menos.

INCOMODIDADES Y RIESGOS DE UN CARGO

XVIII 1. Conque záfate del vulgo, queridísimo Paulino, y sin dejarte zarandear el espacio entero de la vida, retírate por fin a puerto más tranquilo. Piensa cuántas olas has afrontado, cuántas tempestades —en parte tuyas privadas— has sufrido o —en parte públicas— te has echado encima; ya se ha revelado lo suficiente mediante pruebas esforzadas y penosas tu valía; mira a ver qué puede hacer en el ocio. La mayor parte de tus años, desde luego la mejor, se le ha entregado a la república: algo de tu tiempo propio tómalo también para ti.

2. Y no te estoy invitando a un descanso desidioso e inactivo, ni a que hundas en el sueño y los placeres preferidos de la multitud todo ese carácter vitalista tuyo: no es tal cosa descansar. Hallarás tareas mayores que todas las que hasta ahora has cumplido bravamente para ir ejerciéndolas retirado y tranquilo.

3. Tú, es verdad, administras las cuentas del mundo entero tan fielmente como las ajena, tan esmeradamente como las tuyas, tan escrupulosamente como las

públicas. Logras simpatías en unas funciones en las que evitar el odio es difícil; pero sin embargo, créeme, es mejor saber las cuentas de la propia vida que las del trigo público.

4. Ese vigor de tu ánimo muy capaz de las mayores cosas apártalo de un servicio honroso ciertamente, pero poco adecuado para una vida dichosa, y piensa que desde tu edad primera no has andado metido en el estudio de todas las disciplinas propias de un hombre libre para que buenamente se te encomiende los muchos millares de medidas de trigo; algo más grande y elevado se esperaba de ti. No faltarán hombres de cabal honradez y laboriosidad incansable; tan buenos para llevar carga son los lento mulos como los nobles caballos, pero ¿quién abruma alguna vez con pesados sacos los sueltos andares de un caballo de raza?

5. Piensa además cuánta preocupación supone enfrentarte a mole tan grande: tu negocio tiene que ver con el vientre humano; el pueblo hambriento no sufre el reparto calculado, no se aplaca con la asignación justa ni se doblega por ruego ninguno.

Hace poco poco tiempo, en los días recientes en que G. César⁸² pereció sobrellevando muy mal (si es que alguna conciencia les queda a los de abajo) justamente eso de que veía que mientras el pueblo romano le sobrevivía⁸³ le quedaban alimentos para siete o a lo más ocho días. Mientras él arma puentes de naves⁸⁴ y juega con los recursos del imperio, se les presentaba el último de sus males también a los sitiados: la falta de alimentos. Casi vino a parar en desastre y hambruna, y en el hundimiento de todo que sigue a la hambruna, la imitación de un rey⁸⁵ loco y extranjero y fatalmente orgulloso.

6. ¿Qué ánimo tuvieron entonces los que tenían a su cargo el suministro público de trigo, listos para recibir golpes de piedras, de espadas, de fuegos, de Gayo? Con gran disimulo ocultaban un mal que sólo en sus entrañas se escondía, sin duda con razón, pues ciertos males hay que curarlos sin que se enteren los enfermos: ha sido causa de muerte para muchos el conocer su propia enfermedad.

INVITACIÓN A UN OCIO DIGNO

XIX 1. Retírate a estas tareas más tranquilas, más seguras, más importantes. ¿Crees tú que si procuras que el trigo, sin engaño o descuido de los transportistas, pase a los graneros en buen estado, que no se vicie y recueza por coger humedad, que responda al peso y la medida, es lo mismo que si te arrimas a estas tareas sagradas y sublimes dispuesto a saber cuál es la sustancia de dios, su voluntad, su condición, su forma, qué destino espera a tu alma, dónde nos coloca la naturaleza tras la salida del cuerpo, qué es lo que sostiene en el centro cada uno de los cuerpos más pesados del mundo y mantiene arriba colgados los ligeros, lleva a lo alto el fuego, mueve las estrellas según sus ciclos, y todas las demás cosas llenas de inmensas maravillas?

2. ¿Quieres tú dejar el suelo y mirar con la mente esas cosas? Ahora, cuando la sangre está caliente, tienen los animosos que dirigirse a mejores cosas. En esta clase de vida te aguardan muchas habilidades nobles, el amor y la práctica de las virtudes, el olvido de los deseos, la ciencia de vivir y morir, un hondo descanso de todo.

3. La condición de todos los atareados es desde luego desdichada, pero es la más miserable la de aquellos que ni siquiera se afanan en sus propias ocupaciones: duermen según el sueño de otro, caminan según los pasos de otro, reciben órdenes para amar y odiar, que son las acciones más libres de todas. Si estos quieren acaso saber lo corta que es su vida, que piensen en qué proporción es suya propia.

JUBILARSE A TIEMPO

XXX 1. Cuando veas, pues, que algunos visten ropa de gala una y otra vez, que sus nombres resuenan en el foro, no sientas envidia: esas cosas se granjean con pérdida de vida. Para que un solo año reciba su nombre⁸⁶, habrán de machacar ellos todos sus años. A algunos, antes de que pisen la cumbre de su ambición, en las primeras escaramuzas, los abandona la vida; a otros, después de haberse arrastrado hasta el logro de una dignidad a través de mil indignidades, les viene el pensamiento lamentable de que han estado trabajando para la inscripción del sepulcro; la vejez extrema de algunos, al tiempo que se organiza para nuevos proyectos como si fuera la juventud, falla impotente entre grandes y descomunales intentos.

2. Es grotesco aquél al que en un juicio a favor de litigantes más que desconocidos, mientras perora ya con demasiados años e intenta ganarse la aprobación de una audiencia inexperta, le falta el resuello; está mal visto aquél que cansado antes de vivir que de trabajar se derrumba en medio de sus tareas; está mal visto aquél que a punto de morirse pide que le rindan cuentas y provoca la risa del que lleva mucho tiempo esperando la herencia.

3. No puedo pasar por alto un caso que me viene a la memoria: Turanio⁸⁷ fue un anciano de escrupulosa laboriosidad que, pasados ya los noventa años, cuando recibió de manos de G. César la licencia de un cargo, mandó que lo amortajaran en la cama y que la familia puesta alrededor lo llorara como muerto. La casa hacía duelo por el ocio de su señor anciano y no acabó sus lloros si no es cuando se le devolvieron sus funciones. ¡Hasta tal punto le gusta a la gente morir ocupada!

4. La misma actitud tiene la mayoría; les dura más tiempo el deseo de trabajar que la capacidad; combaten contra la flaqueza del cuerpo, a la propia vejez no la consideran pesada por ningún concepto si no es porque los pone aparte. La ley no alista a nadie como soldado a partir de los cincuenta, a partir de los sesenta ya no convoca al senador: la gente tiene más dificultades para conseguir la jubilación por ella misma que por la ley.

5. Entretanto, mientras se ven arrastrados y arrastran ellos, mientras los unos interrumpen el descanso de los otros, mientras son desdichados por turno, su vida es sin provecho, sin deleite, sin ningún progreso espiritual. Ninguno tiene la muerte a la vista, ninguno deja de extender sus esperanzas hasta lejos, y algunos hasta organizan las cosas más allá de la propia vida, moles inmensas para su sepulcro y asignaciones para obras públicas y espectáculos ante la pira y exequias pretenciosas. Pero, maldita sea, los funerales de éhos, como si hubieran vivido muy poco, habría que celebrarlos con hachones y cirios⁸⁸.

NOTAS

1 Pompeyo Paulino, padre o hermano de la mujer de Séneca. En el momento en que nuestro autor escribe la obra ejerce de *praefectus annonae*, el magistrado que supervisaba el suministro de trigo a Roma. Los estudiosos discuten si la fecha del tratado es el año 49 (por la alusión al final de Calígula como reciente) o el año 62 (en el que Paulino formó parte de una comisión nombrada para poner coto al desbarajuste económico). Véase Plinio, *Nat. Hist.*, 33, 143 y Tác., *An.*, 13, 53, 2 y 15, 18.

2 El primero de los aforismos de Hipócrates de Cos: ὁ βίος βραχύς, ή δὲ τέχνη μακρή.

3 Parece que Séneca intercambia a Aristóteles con su discípulo Teofrasto, al que pertenece el aserto según Cicerón (*Tusc.* 3, 69). Pero la idea pudo estar en alguna obra perdida de Aristóteles.

4 La queja sobre animales longevos aparece ya en Hesíodo, *Frag.* 183 (Rzach), del que hace una versión el poeta latino Ausonio: «Nueve decenas y tres pares [= 96] vienen a ser los años que alcanza / la vida que corresponde a varones ancianos bien cumplidos. / La vida de la corneja parlanchina supera a éstos en nueve veces / y el ciervo sobrepasa cuatro veces el tiempo de la corneja. / Al ciervo de pies veloces le gana por tres veces el ciervo» (*Antología Latina*, 647, 1-5).

5 Cita en prosa (posible traducción del griego) de un poeta desconocido (el poeta más grande tendría que ser no obstante Homero o Virgilio). La idea era popular según se ve por el epitafio de un noble de tiempos de Adriano citado por Dión Casio Dión, 69, 19: Σίμιλις ἐνταῦθα κεῖται βιοὺς μὲν ἔτη τόσα, ζήσας δὲ ἔτη ἘΠΤΤÁ («aquí yace Símile que cumplió no sé cuantos años y vivió siete»).

6 bona mens.

7 La esperanza de vida en la Roma antigua era mucho menor que hoy.

8 La misma idea en la tragedia de Seneca, Agamenón (88-89): sidunt ipso pondere magna / ceditque oneri Fortuna suo («se achanta por propio peso las cosas grandes / y cede a su misma carga la Fortuna»). Para los grecorromanos la suerte (Tique / Fortuna) es una abstracción divinizada

9 Llegó a dirigir un discurso al senado pidiendo su retiro, aunque con la intención política de que se rechazara la solicitud y así la servidumbre de la asamblea y el pueblo fuera o pareciera voluntaria (véase Dión Casio, 53, 3-9).

10 Lépido y Marco Antonio, colegas en el triunvirato.

11 Otra vez Marco Antonio, que casó con Octavia, hermana de Augusto.

12 Fanio Cepión y Varro Murena se conjuran en el 22 a.C. (Dión Casio, 54, 3, 4).

13 Lépido y su hijo Marco Emilio Lépido (ejecutado más tarde) intrigan en el 18 a.C. (Dión Casio, 54, 15, I).

14 Marco Egnacio Rufo, rechazada su candidatura al consulado, se alza en el 29 a.C. (Dión Casio, 53, 24; Veleyo Patérculo, 2, 91, 2-4).

15 De todas estas conjuras fracasadas puede leerse en Suetonio, Aug. 19, I.

16 Julia la Mayor desterrada por Augusto el 2 d. C. a la isla Pandataria (actual Ventotene, al noroeste del golfo napolitano). El historiador Veleyo Patérculo ofrece la lista de sus amantes (2, 100, 4).

17 En el año 2 a.C. Julio Antonio, hijo menor de Marco Antonio y Fulvia, fue represaliado y muerto por Augusto bajo la acusación de intrigar en compañía de su hija Julia, equiparada aquí con Cleopatra (Dión Casio 55, 10, 15).

18 Augusto se enfrentó victoriamente a Marco Antonio y Cleopatra en la batalla de Accio (31 a.C.). Ahora se enfrena a Julo, descendiente del primero y a su hija, émula de la segunda.

19 Según Suetonius (Aug. , 65. 5), Augusto solía llamar a Julia y a sus dos retoños: tris vomicas ac tria carcinomata sua («sus tres postemas o sus tres tumores»).

20 Lista de enemigos y medio amigos de Cicerón con los que tuvo que bregar en su actividad de político y orador. Catilina y Cetego fueron conjurados peligrosos pero sin gran fuerza. Pompeyo y Craso, militares muy influyentes, que con Julio César formaron el primer triunvirato (60 a.C.).

21 En el poema «Sobre su consulado», del que se conserva entre otros versos este célebre y tenido desde la Antigüedad por cacofónico y ridículo: o fortunatam natam me consule Romam!

22 Carta no conservada. Sería posterior a marzo del 45 a. C. fecha de la batalla de Munda, perdida por los pompeyanos en los llanos de la Bética.

23 Como tribuno de la plebe el año 91 a.C. propuso una ley de distribución del trigo y de extensión de la ciudadanía romana a todos los itálicos. El fracaso de esta última, con la ejecución de su promotor, tuvo como consecuencia la llamada guerra de los aliados o social concluida el 89 a.C.

24 Los hermanos Gayo y Tiberio Graco emprendieron una reforma agraria a fines del s. II a. C. y murieron asesinados por la reacción de los terratenientes. Su trayectoria política, pese a ser moderada y legalista, pasó por revolucionaria y sedicosa en la tradición historiográfica y literaria romana.

25 Vistiendo la toga colorida (*praetexta*) que llevan los varones hasta los 17 años.

26 La defensa se consideraba más difícil que la acusación para un principiante (Quintiliano, 5, 13, 2-3)

27 El tradicional pensamiento conservador hace que Séneca pinte con colores feos al reformador que pudo evitar la Guerra Social. Cicerón afirma claramente (*Pro Mil.*, 16; *De nat. deorum*, 3, 80) que lo hizo asesinar por un sicario y en su propia casa Quinto Vario, tribuno de la plebe en el año 90 a.C. el arma del crimen fue una lezna de zapatero (Veleyo Patérculo, 2, 14, I; Apiano, I, 164).

28 A lo largo de todo el tratado el término *occupatus* es casi técnico y designa a los atareados en negocios comerciales, jurídicos o políticos (como entre nosotros ejecutivo, *manager*, agente).

29 Prefiero este compuesto al término raro consagrado por el Diccionario de la Academia ‘heredípeta’. El captator es figura frecuente en la sociología de la época (Horacio, *Sat.* 2, 5; Juvenal, 12, 93-130). Halaga servilmente a ancianos y ancianas sin hijos con el fin de tener una parte grande en su herencia. Como era obligación social visitar y hacer regalos al enfermo, el anciano aprovecha para sacar algún fruto del codicioso adulador.

30 Insignias del poder consular, que se componía de una *segur* en un *hacecillo* de varas.

31 En época imperial se echaba en suerte a qué pretor le correspondía la organización de festivales (*ludi*) y espectáculos (*munera*).

32 Donativos institucionales llamados *congiaria* (porque al principio consistían en un *congius*, una medida, de aceite o trigo).

33 Virgilio, Geórgicas, 3, 66-67.

34 Papirio Fabiano (35 a.C.-ca. 35 d.C.), fue maestro de Séneca. Aunque se inclinaba por ciertos dogmas y prácticas radicales de pitagóricos y de cínicos, era un orador atractivo y hombre tímido que se ruborizaba cuando tenía que comparecer en pública asamblea (*Cartas*, 40, 12; 11, 4). Su obra, tan copiosa como la de Cicerón, versa sobre temas políticos y naturalistas. Su estilo es sencillo aunque algo remilgado a decir del propio Séneca (*Cartas*, 58, 6; 100).

35 Los ocupados.

36 Como les pasaba a las Danaides, condenadas en el Infierno a llevar agua en cántaros rotos.

37 El pretor como juez preside la venta de bienes confiscados (que por hacerse al pie de una lanza simbólica clavada en el suelo se llama justamente sub hasta). Muchas veces estos bienes proceden de los proscritos en los conflictos civiles, de modo que, cuando la situación cambiaba, el comprador podía sufrir a su vez las represalias del perdedor o de sus partidarios.

38 Según la leyenda, la aleación del bronce corintio se descubrió casualmente cuando las tropas de Lucio Memio Acaico incendiaron Corinto durante la toma (146 a.C.) y allí se fundió una inmensa cantidad de oro, plata y cobre. Plinio (*Historia Natural*, 34, 7) no cree la historieta y afirma que estos bronces tan apreciados existían antes. La arqueología no ha podido rescatar ningún objeto con garantías de que sea tal (algo que probablemente en la misma Antigüedad era ya difícil).

39 Esto es, en la palestra del gimnasio. El ceroma es propiamente según unos un ungüento y según otros la arena barrosa de la pista donde competían los púgiles.

40 Referencia a los púgiles. Acepto la lectura de Dahlmann (*unctorum*), frente a la de los manuscritos (*iunctorum*).

41 exoleti. Término de mala nota. Suele aplicarse a niños bonitos y a mariquitas viejos.

42 Para ir sentado o echado, respectivamente. Los ricos las usa habitualmente para los desplazamientos cortos. Las sacudidas del paseo podían ser curativas (se decía).

43 Este juego (*ludus latrunculorum*) tenía unas reglas muy parecidas al ajedrez, según se ve por los textos (así Ovidio, *Arte de amar*, 3, 351-354). La mejor descripción sigue siendo la de R. G. Austin (G&R 4, 1934, pp. 24-34).

44 Y tanto, que el mismo Séneca se deja arrastrar aquí y demuestra que sabe un montón de cosas así.

45 Algunos han pensado que se trata de Plinio el Viejo, que relata algunos de los casos que siguen y que muestra cierta aversión hacia Séneca (correspondida al parecer).

46 Cesón Duilio Nepote, que derrotó a los cartagineses en la batalla de Milas / Mylae (260 a.C.).

47 Manlio Curio Dentato llevó cuatro elefantes en su procesión triunfal para celebrar su victoria sobre Pirro, rey del Epiro (275 a.C.).

48 Apio Claudio Cáudice, cónsul el 264 a.C., que en la I Guerra Púnica derrotó en Sicilia a los cartagineses y a su aliado griego Hierón II de Siracusa, utilizando con pericia navíos de transporte (de donde le vino el mote).

49 En un principio, dos tablillas atadas una a otra.

50 Manlio Valerio Máximo, llamado posteriormente Mesala, cónsul 263 a.C. y triunfador en la misma campaña siciliana de su antecesor Cáudice. Séneca, quizás extraviado por su fuente, le llama Corvino como a otro Mesala de tiempos de Augusto.

51 Rey de Mauritania, famoso por haber traicionado y entregado a su yerno Jugurta, enemigo capaz y valeroso de Roma. Plinio el Viejo (8, 53) constata que el espectáculo fue durante la pretura de Sula (93 a.C.)

52 Fue el año 55 a. C. El público del espectáculo se conmovió y se volvió contra Pompeyo (según Plinio, *Historia Natural*. 8, 21; véase Cic. *Ad Fam.* 7, I. 3).

53 Pompeyo, tras su derrota en Farsalia, huyó a Egipto, pero al llegar a sus costas, un antiguo oficial suyo llamado Septimio lo asesinó cumpliendo órdenes de Potino, un subordinado del rey Ptolomeo XII.

54 Se le llamó en vida El Grande (*Magnus*).

55 Lucio Cecilio Metelo, cónsul el año 251 a.C., obtuvo una gran victoria al año siguiente sobre Asdrúbal en Panormo (actual Palermo). Los historiadores difieren en el número de elefante que llevó: 140 (Plinio), 120 (Livio) y 60 (Diodoro de Sicilia).

56 Franja de tierra en los aledaños de la muralla. El derecho de ampliarlo pertenecía a los reyes y la ocasión solía ser tras la adquisición o conquista de nuevas tierras (Livio I, 44).

57 Esta colina situada al sur de Roma fue incluida en el pomerio por el emperador Claudio el año 49 d. C. Hay quien maneja este dato para fechar con anterioridad del tratado de Séneca, pero el pedante del texto puede que en el fondo esté criticando la disposición imperial contraria a sus conocimientos de anticuario.

58 Esta secesión de la plebe (una revuelta contra los nobles en la que los plebeyos se asentaban fuera de la ciudad amenazando formar una entidad política independiente) tuvo lugar el 493 a.C.

59 Rómulo y Remo dejaron en manos de los dioses quién de los dos sería rey de la Roma recién fundada. Los auspicios fueron dudosamente favorables para Rómulo. Los partidarios de ambos se enfrentaron y

Remo resultó muerto. La secesión de la plebe y los auspicios negativos de Remo hacen del Aventino un lugar nefasto que es mejor que esté fuera del recinto urbano marcado por el pomerio.

60 Carnéades de Cirene (214-169 a.C.), fundador de la llamada Nueva Academia, caracterizada por su defensa de la suspensión del juicio (*eponjé*) en materia de conocimiento.

61 Se trata de la salutatio matutina, el saludo protocolario que los clientes hacen cada mañana a sus patronos. Séneca lo llama ‘interesado’ porque el cliente recibía un dinero (*sportula*).

62 Era práctica habitual, según vemos en Horacio, *Ep.* I, 5, 30: *atria servantem postico falle clientem* («escápate por el postigo del cliente que aguarda en el zaguán»).

63 Un esclavo llamado nomenclator se encargaba de apuntarle al patrono el nombre del cliente que se le acercaba en el saludo mañanero o por la calle.

64 Zenón de Citio (335-263 a.C.), fundador del estoicismo.

65 Pitágoras de Samos (ca. 582-507 a.C.).

66 Filósofo que vivió en el s.V a.C. y patrocinó las doctrinas atomistas que adoptaron Epicuro y Lucrecio.

67 Aristóteles (384-322 a.C.), con Platón el filósofo más leído e influyente.

68 Teofrasto (372-287 a.C.), discípulo de Aristóteles.

69 Júpiter, enamorado de Alcmena, esposa de Anfitrión de Tebas, tomó la apariencia del marido ausente para acostarse con ella. A fin de disfrutar más tiempo del adulterio alargó la noche. Escenificó el lance Plauto en su conocido drama cómico Anfitrión.

70 Séneca se hace eco de lo narrado por Heródoto (7,60,2-3). Para hacerse una idea de las dimensiones de su ejército reunido en la llanura antes de pasar a Grecia, el rey habría ordenado formar en apretado círculo a diez mil hombres. Los cercó con unas tapias y luego los hizo salir y fue haciendo pasar sucesivamente al resto del ejército por aquel corral. El total hallado fue de 1.700.000 hombres.

71 Jerjes.

72 La historia la cuenta Heródoto (7, 46, 2).

73 La típica caliga del soldado raso que dio el mote a Gayo César de Calígula.

74 Lucio Quincio Cincinato fue nombrado dictador el 458 a.C. para rechazar un ataque de los ecuos, hizo rápida campaña y se retiró; fue nombrado por segunda vez dictador el 439 a. C. para sofocar la revuelta

de Espurio Melio. La famosa llamada al cargo que recibe junto al arado se suele situar dentro del primer lance. Séneca, no obstante imagina que el descanso no le satisfizo y pronto aceptó la segunda llamada de la misma manera.

75 Publio Cornelio Escipión el Africano (236-183 a.C.)

76 En la batalla de Zama, el año 202 a.C.

77 Antíoco III el Grande derrotado en la batalla de Magnesia (189 a.C.).

78 Año 205 a.C.

79 Se trata de Lucio Cornelio Escipión el Asiático. Su célebre hermano lo acompañaba como legado en las campañas contra Antíoco.

80 Escipión se negó a que pusieran una estatua suya en el Capitolio.

81 Escipión, disgustado con la política romana y los ataques judiciales del Catón, se retiró a una villa que tenía en Literno.

82 Calígula.

83 Probable alusión al dicho de Calígula «¡Ojalá el pueblo romano tuviera una sola cabeza!» (Suet., *Cal.* 30; Sen., *De Ira*, 3, 19, 2).

84 En el año 39 d.C. Calígula unió con un puente de barcos los cuatro o cinco kilómetros que separan Bayas y Putéolos en el golfo de Nápoles para celebrar sobre él desfiles y carreras (Suetonio, *Cal.* 19). El uso caprichoso de estos barcos tan necesarios para el aprovisionamiento de Roma acrecentó la impopularidad del César.

85 Jerjes.

86 Cada año recibía el nombre de los dos cónsules correspondientes.

87 Gayo Turanio o Turranio, prefecto del suministro de trigo en tiempos de Tiberio (Tác., *An.* I, 7 y II, 31).

88 Así se celebraban, siempre de noche, los entierros de los niños y los esclavos (Servio, comentario a *Eneida*, II, 143)





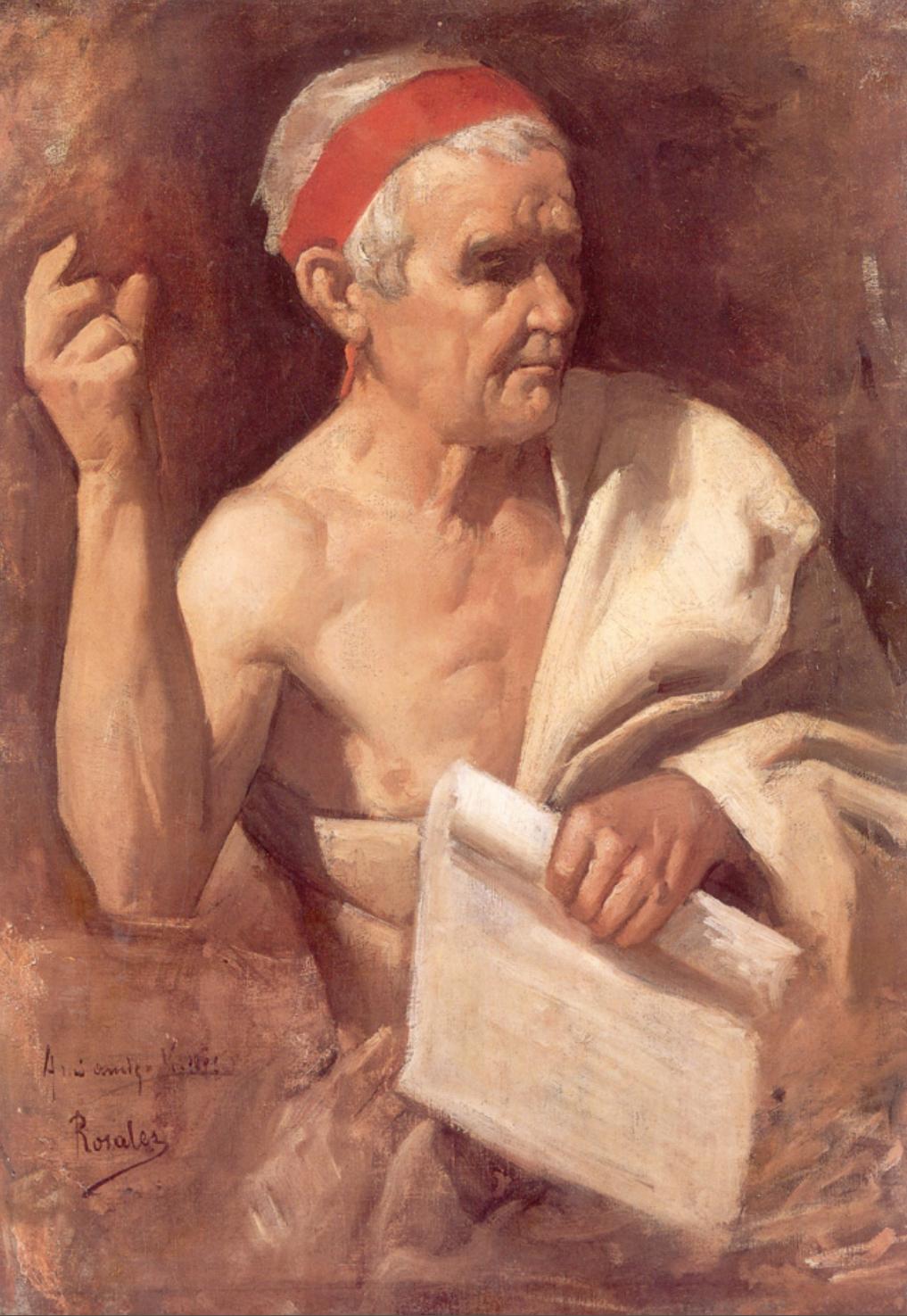
Antiguo Foro de Roma. © José Ramón Polo López

unas palabras sobre

■ ■ ■

Séneca y la administración de nuestra mortalidad

FRANCISCO SOCAS



Retrato de Séneca,
por Eduardo Rosales

El personaje

Lucio Anneo Séneca, hijo de un rico provincial de la clase de los caballeros (*equites*), nació en Córdoba en torno al año 1 d. C. Muy pronto marchó a Roma con su familia y allí su padre, un hombre interesado en las letras, le procuró una buena formación con los mejores maestros, oradores, juristas y filósofos. En un primer momento ejerció la abogacía, destacando por sus dotes de orador. Tal vez por motivos de salud (padecía del pecho) estuvo unos años en Egipto con un tío suyo. En tiempos de Calígula (37-41 d.C.) estuvo a punto de sufrir condena, pero lo salva la intercesión de una influyente mujer de la corte. Nadie lo pudo librar sin embargo de las represalias de Claudio y Mesalina, que lo mantienen desterrado en la isla de Córcega durante ocho años (41-49 d. C.), hasta que Agripina, la nueva esposa del emperador, lo

hace regresar y le encarga la educación de su hijo Domicio. Una vez que este hijo de Agripina, con el nombre de Nerón, alcanza el poder (54 d.C.), Séneca, junto a Burro, el jefe de la guardia pretoriana, controla la política romana intentando dar juego al senado y repartiendo cargos entre gente fiel a sus proyectos. Pero Nerón se emancipa poco a poco de las influencias de la madre (a la que hace asesinar) y del viejo maestro. Al morir Burro (62 d.C.), Séneca queda sin apoyos en la corte y hace un intento frustrado de retirarse. Nerón no permite su retiro (quizá nunca completo) hasta años más tarde. El descontento general cuaja en una conjura mal planeada en torno al senador Pisón. Cuando el complot es descubierto, algunos de los conjurados menciona a Séneca, y entonces Nerón, después de una somera pesquisa, le envía la orden de suicidarse. La muerte se muestra esquiva al condenado y sólo llega después abrirse las venas de brazos y piernas, tomar la cicuta y sofocarse con los humos de unos baños (65 d.C.).

La obra

Séneca no participó de la vida política a desgana o movido por una vaga responsabilidad filosófica, sino como consecuencia de una profunda y continuada vocación entroncada con el modo de ser de los caballeros de su clase. Fue también un próspero hombre de negocios y, al arrimo del poder, engrandeció su patrimonio dinerario e inmueble en proporciones gigantescas. En medio de esas tareas políticas y comerciales tuvo tiempo

para componer excelente poesía (un conjunto de tragedias imitadas de los clásicos atenienses) y redactar tratados filosóficos (algunos de ellos llamados *Diálogos* en recuerdo de Platón, aunque en puridad no son más que disertaciones muy vivas y cercanas a veces a la charla). Su obra más actual y entretenida es sin duda la colección de cartas dirigidas a su joven amigo Lucilio, que constituyen un precedente del ensayo moderno y -en ciertos pasajes- del artículo periodístico. Un género peculiar que cultivó es el de los escritos consolatorios (especie de carta de pésame), que nos documentan sobre sus lances biográficos y sus actitudes íntimas. Desde el destierro dirigió estas *Consolaciones* a su madre Helvia (para aliviar sus añoranzas) y a Polibio, el poderoso valido de Claudio (para suplicarle de paso perdón).

Séneca, desde muy joven, se adscribió a la tradición filosófica de la escuela estoica, fundada por Zenón de Citio tres siglos antes. En todos sus escritos Séneca mostró fidelidad a sus doctrinas, aunque supo darle un sesgo actual y muy romano. Los mismos títulos revelan su temática, y así tocó asuntos sociales y políticos (*Sobre los beneficios*, *Sobre la clemencia*), naturalistas (*Indagaciones sobre la naturaleza*), teológicos (*Sobre la providencia*) y sobre todo de aquello que constituía la preocupación fundamental de las dos escuelas filosóficas predominantes, la estoica y la epicúrea: la construcción del filósofo (*Sobre la integridad del sabio*, *El ocio del sabio*) y el logro para todos de la mejor forma de vida (*Sobre la tranquilidad de espíritu*, *La vida feliz*).



Vista frontal de busto de Séneca. Berlín
Staatliches Museum, Antikensammlung.

Ideas de la muerte y vida

La muerte es un tema central de la filosofía desde los tiempos de Sócrates (Platón le hace decir en sus diálogos que toda la vida del filósofo es meditación y entrenamiento en la muerte). Aunque Séneca conoce y propaga ciertos silogismos y frases brillantes que parecen reducir la muerte a nada (así «ningún mal es grande si es el último», *Cartas*, 4.3), mira más allá y defiende una conciliación trágica de muerte y vida.

Una primera cuestión es la del suicidio, tan presente en la ideología estoica. Defienden también la buena muerte, que muchas veces será la muerte voluntaria. Una muerte serena y pacífica debe coronar la vida entera si es posible. Una muerte angustiosa y resentida puede devaluar o borrar todos los recuerdos buenos. La divinidad nos ha hecho inteligentes, lo que lleva consigo la conciencia amarga de la mortalidad, pero también la alegría de poder escapar de la necesidad y del dolor irremediable. Llaman al suicidio eulogos exagoge, que quiere decir «la salida razonable». La muerte voluntaria es, pues, para ellos un acto de razón. La buena muerte (*euthanasia*) es un don de los dioses y la muerte más humana.

La muerte voluntaria, aceptada e incluso provocada por uno mismo, representa la libertad. No se puede ser esclavo ni siquiera del vivir, ya que la vida, si falta la valentía para morir, es servidumbre (*Cartas*, 77.15). Quien ha aprendido a morir ha desaprendido a servir y está por encima de todo poder

(*Cartas*, 26.10). Séneca sabe que la libertad se adquiere a la vez que se abandona el temor a la muerte. Lo que distingue al amo del siervo es el miedo a la muerte (repetirá como un eco Hegel). Pero la decisión de morir no debe tomarse a la ligera. El hombre valeroso y sabio no debe huir de la vida a la carrera y atropelladamente, sino más bien salir de ella despacio y con elegancia. Hay en algunos algo así como un gusto de la muerte (*libido moriendi*) que invade tanto al valiente, que hace alarde de despreciar la vida, como al cobarde, que la teme. En esto de la muerte anticipada también hay que precaverse del puro hastío que, alentado a veces por la propia filosofía, nos mueve a decirnos: «¿Hasta cuando las mismas cosas?» y a acabar para siempre. El tedio hace que algunos aspirantes a suicidas no consideren la vida amarga y mala, sino meramente superflua y prescindible (*Cartas*, 24.24-25). Pero a veces es necesario no ser remilgado (*delicatus*), aguantar en la vida, aun entre tormentos, por amor a los suyos. El hombre bueno ha de pensar en la esposa o los amigos, cuyo amor lo hará reconciliarse valerosamente con la vida (*Cartas*, 104.3-4).

Séneca define al hombre como una «vasija rota por el más leve choque, la más leve sacudida», «un cuerpo débil y quebradizo» (*corpus imbecillum et fragile*, A *Marcia* 11.3). La muerte es el pago y la ley del vivir (*Cartas*, 77.12-13). Antes debemos pertrecharnos para la muerte que para la vida (*Cartas*, 61.4). Porque vivir es morirse día a día y nos



Visión del suicidio de Séneca. Nuremberg, *Liber Cronicarum*

equivocamos en eso de ver la muerte como algo futuro: gran parte de ella ya ha transcurrido, cualquier momento de la vida pasada lo posee ahora la muerte (*Cartas*, 1.2): ha muerto en nosotros el niño y el joven que fuimos (*A Marcia*, 21.7). Nada es tan útil para la templanza como el pensar continuamente en una existencia que es breve e insegura: en cada acción el hombre debe tener en cuenta la muerte (*Cartas*, 114. 27). La muerte trae al hombre libertad, seguridad, eternidad (*A Polibio*, 9.6-7). Pero con la muerte todas las cosas acaban, incluida la muerte misma (*Fr. 28*), y ningún mal resulta grande entonces si ella es el último de todos (*Cartas*, 4.3).

El sabio que busca la felicidad verdadera tiene que integrar la muerte en la existencia y despojarse de miedos. La aceptación de la muerte es garantía de libertad: «Quien aprende a morir desaprende a servir» (*Cartas*, 26.10). Al mismo tiempo habrá de administrar el espacio reducido que el destino le otorga para crear en él la obra de arte de la propia dicha. Los dioses tienen vida inacabable, pero esa falta de contornos hace que no tengan que construir en ese espacio infinito cosa alguna.

Nunca es el alma más divina –nos enseña– que cuando conoce su mortalidad y comprende que el cuerpo es una morada provisional e incómoda donde residimos como quien vive en casa ajena (*Cartas*, 120.15-16). El alma despliega el propio pensamiento hacia lo infinito, no reconoce límites de espacio o tiempo, si no son esas fronteras que la separan de la divinidad y que comparte con ella. La muerte desagrega



Retrato de Séneca (1475 ca.), Joos van Gent, Museo del Louvre, París

esa mezcla de lo divino y humano que es el hombre, permitiendo otra vida. La vida es gestación y la muerte parto. La última hora lo es sólo del cuerpo y este cuerpo nuestro es cárcel y cadena del ánimo: *corpusculum hoc, custodia et vinculum animi* (*A Helvia* 11.7). El día de la muerte es el día del nacimiento a una vida mejor y más larga. En la muerte hay revelación y se disipa una oscuridad; una luz clara, mejor que esa que vemos por las rendijas de los ojos, nos herirá de todas partes (*Cartas*, 102. 21-28). Podemos estar seguros de que la parte más noble y razonadora del alma, el ánimo (*animus*), es «un dios hospedado en cuerpo humano» (*deum in corpore humano hospitantem*, *Cartas*, 31.11). La muerte es escapatoria de la necesidad y «hace que el nacer no sea suplicio (*A Marcia* 20. 2). La muerte hace interesante y pone un toque de gracia en la vida: «Te considero valiosa, oh vida, por un favor de la muerte» (*A Marcia* 20.3)» El filósofo, que quiere llevar vida divina, administrará su mortalidad en el ámbito manejable de la vida humana. En todo caso siempre será «más humano reírse de la vida que lamentarla» (*Sobre la tranquilidad* 15.2). Ese es el núcleo del mensaje de las escuelas antiguas que nos llega a través de los escritos de Séneca. Séneca habla una y otra vez, acá y allá, en tragedias y tratados, de nuestra condición mortal. En las *Cartas*, que escribe cuando ya es sexagenario y los mil asuntos de viejo político no le roban el tiempo, se percibe la angustia de una vida que nunca acaba de cumplirse: «Se pasa la vida en tanto que se aplaza» (*Cartas*, 1.2).



Medea, tema de una de las tragedias de Séneca. *Medea* (1868) por Henri Kléemann (1842-1871), Musée des Beaux-Arts de Nancy

Un tratado sobre los ultrajes del tiempo

Ahora bien, es en la obra Sobre la brevedad de la vida (*De brevitate vitae*) donde se explaya revisando esta cuestión crucial. La obra está dedicada a un Paulino, sin duda el hermano o el padre de Pompeya Paulina, la esposa de Séneca. El tema subyacente es el del tiempo y la muerte, pero también el de la vida como realización positiva dentro de un ámbito limitado. Para los estoicos, la aceptación de la propia mortalidad es una de las bases de la sabiduría, que permite administrar el espacio clausurado de la propia existencia. El tiempo se nos manifiesta siempre con una intrínseca y enigmática maldad: es secreción de la vida que desbarata y construye, desbarata construyendo y construye desbaratando¹. El hombre, porque sus deseos son más grandes que su vida, es desgraciado, y siente envidia de los dioses. Pero el sabio ha de aprender a amar su destino y sacar partido. Encara a los hombres todos y les reprocha: «De todo como mortales que sois tenéis miedo, todo como inmortales lo ansiáis» (3.4). Y este intrincado y agobiante nudo lo quiere aflojar Séneca razonando como sigue.

A pesar de que los hombres no paran de quejarse de la brevedad de la vida, son ellos solos los verdaderos culpables de acortarla con su desidia y sus vicios. Desperdiciamos el tiempo y no lo consideramos el bien mayor y único. El tiempo de la vida es bastante si se sabe aprovechar. «No tenemos tiempo escaso, sino que perdemos mucho» (1.3). La solución

¹ Véase M. Armisen-Marchetti, «Sénèque et l'appropriation du temps», Latomus, 53 (1995), pp. 545-567.

no será ni la hiperactividad, ni la holganza, porque los muy ocupados, pendientes siempre del mañana, tampoco aprovechan el tiempo y pronto se ven sorprendidos por la vejez, mientras que en la ociosidad las pasiones y diversiones nos roban la paz íntima. Los ociosos temen más la muerte. Los ocupados no podrán eludirla:

¿Qué va a pasar? Tú no tienes tiempo para nada y la vida corre; entretanto llega la muerte y para ella, quieras o no quieras, vas a tener todo el tiempo del mundo» (8.5).

Incluso un ocio digno puede estar lleno de tareas vanas. Con las cuestiones eruditas, como el averiguar si la *Ilíada* se compuso antes que la *Odisea*, o si eran obra de un mismo autor, «uno no logra pasar por más sabio sino por más cargante» (13.2). «Muy corta y abrupta es la vida de quienes olvidan el pasado, descuidan el presente y temen el futuro. Cuando lleguen al final, entenderán, pobrecitos, que estuvieron muy ocupados en no hacer nada» (16.1). No es lo mismo vivir mucho que sentir que los días se hacen inacabables. El sabio vive la verdadera vida tranquila y se hurta a la muerte. Mediante la memoria recobra el pasado, que deja de ser así tiempo perdido, y en su corazón anticipa las alegrías del porvenir. En las palabras finales, Séneca aconseja a Paulino dejar el cargo de intendente de abastos (*a ratione*), retirarse a la vida privada y dedicarse a asuntos más elevados, porque «es mejor conocer las cuentas de la propia vida que las del suministro público de trigo» (18.3). Aquí Séneca, aconsejando



Edipo hablando con la estinge (1864), por Gustave Moreau. Museo Metropolitano de Nueva York. Edipo es tema de una de tragedia escrita por Séneca.

a un amigo apartarse de la vida pública. Como es sabido, los estoicos aconsejaban participar en política, mientras que Epicuro aconsejó vivamente lo contrario. Séneca, movido por cierto desengaño de la vida pública y la administración, se convierte aquí -como tantas veces a lo largo de sus *Cartas*-, en un epicúreo circunstancial.



Cicerón denuncia a Catilina, por Cesare Maccari (1840-1919). Cicerón es una de las figuras propuestas como ejemplo por Séneca en *Sobre la brevedad de la vida*.

Bibliografía

Traducciones del tratado Sobre la brevedad de la vida

C. Codoñer, *Diálogos*, Madrid, Tecnos, 1996, 2^a ed., pp. 314-347.

M. López López, Séneca. *Diálogos*, Lleida, 2000, pp. 249-269.

J. Mariné Isidro, *Diálogos*, Madrid, B. C. Gredos 1996, pp. 373-414.

J. M. Gallegos Rocafull, *Tratados morales*. México, UNAM, 1991, pp. 61-85.

J. Petit, *De la brevedad de la vida y otros diálogos*, Madrid, Ed. Sarpe, 1983.

L. Ribér, *De la brevedad de la vida*. Buenos Aires, Aguilar, 1983.

Biografías y estudios generales

L. Astrana Marín, *Vida genial y trágica de Séneca*, Madrid, Compañía Bibliográfica Española, 1947.

J. Mangas Manjarrés, *Séneca o El poder de la cultura*, Madrid, 2001.

M. T. Griffin, *Seneca, a Philosopher in Politics*, Oxford, OUP, 1976.

F. Socas, *Séneca cortesano y hombre de letras*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2008



2010

U

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

“ ¿Puede haber algo más estúpido que la actitud de algunos, me refiero a esos hombres que presumen de ser previsores? Andan empeñados en demasiadas tareas para poder vivir mejor, equipan la vida a base de gastar vida, sus pensamientos los dirigen a la lejanía. Pero, claro, el desperdicio mayor de vida es la dilación: ella anula cada día que se va presentando, ella escamotea lo presente en tanto promete lo de más allá. El mayor estorbo del vivir es la expectativa que depende del mañana y pierde lo de hoy. Dispones de lo que está puesto en manos de la suerte, abandonas lo que está en las tuyas. ¿Adónde miras? ¿Adónde te orientas? Todas las cosas venideras quedan en la incertidumbre: vive de inmediato.”

